

coran con el nombre de *tagata-rongoa*. Sus enfermedades ó *maté* mas comunes son la elefantiasis, la tisis pulmonal, y los catarros de todas clases. Cuando hay algun miembro fracturado, mantienen las estremidades en contacto con unas tablillas de corteza de árbol, y dos veces al dia dan sobre la *parte* vapores acuosos cargados de principios herbáceos, echando encima de las brasas hojas llenas de agua. Los niños adolecen con frecuencia de hernias umbilicales, y los viejos padecen oftalmias, calambres ó *keké*, y arenas calculosas ó *kiddi-kiddi*. Las llagas se llaman *ope-ngo-rara*, la preñez *apu*, y la salud ó feliz estado del justo equilibrio de todas las funciones de la vida es lo que ellos llaman *ora*. El picado ocasiona á los que se hacen en la piel grandes dibujos de que tanto gustan, accesos de fiebre que duran muchos dias, y á los que sucede una abundante supuracion y gruesas postillas que tardan mucho en caerse. No deja de ser peligroso y de causar agudos dolores el picado en las partes nerviosas y delicadas, como el ángulo de los ojos, los párpados, los tegidos subyacentes en las glándulas parotidas. La operacion del picado se hace por partes y en varias ocasiones del año; la miran como una prueba de valor y de firmeza, y miran con desprecio como á hombres afeminados á los que no se atreven á someterse á ella.

Durante la permanencia de la corbeta la *Coquille* en la bahía de las islas, se presentó un caso análogo al que las mas de las obras de medicina refieren relativo á una muchacha á quien muchos estudiantes no pudieron desflorar. Una jóven zelandesa sostuvo á bordo durante tres dias los esfuerzos sucesivos de todos los hombres de la tripulacion, sin que ninguno de ellos pudiese arrancarle el tesoro que todos se li-sougeaban conquistar. Una espesa membrana de naturaleza cartilaginosa con un agugero casi imper-

ceptible cerraba sólidamente el canal utero-vaginal.

Una enfermedad cuyos desastres no han encontrado aun diques, es la syphilis que Cook introdujo allí en 1769 y 1770. Para preservarse los naturales de sus ataques, se oponen enérgicamente á que sus mugeres tengan comunicaciones demasiado fáciles con los buques europeos, al paso que obligan á las jóvenes robadas en las tribus vecinas á prostituirse, sin inquietarse de los recuerdos dolorosos que su obediencia ocasiona. Por principios religiosos y por orgullo no cohabitan jamás con aquellas esclavas. Esta enfermedad se renueva actualmente y sin cesar por las comunicaciones con Puerto Jackson de donde la importan en línea recta.

#### 8. DE LOS ROTUMAYOS.

La pequeña isla de Rotuma está situada á los doce grados de latitud Sur, y á los ciento setenta y cuatro de longitud oriental: se eleva como un cono solitario, en medio de un espacio de mar libre, á gran distancia de los archipiélagos de los Amigos y de Fidjis de una parte, y de las Nuevas Hebrides y de la tierra de Salomon por la otra.

Los habitantes de Rotuma pertenecen á la raza oceánica; pero se advierte ya que de resultas de sus comunicaciones con los habitantes de Fidjis, se han introducido los usos y costumbres que les han comunicado las razas negras. Aquellos hombres están bien formados y tiene una talla aventajada. Su fisonomía es agradable, agasajadora y alegre; sus facciones regulares y su tez clara. Usan el cabello que es muy largo, atado en la coronilla formando un mechón; y cuando le dejan suelto sobre los hombros, es como un testimonio de respeto y de profunda sumision. Tienen la mayor semejanza con los otaitianos, á pesar del



inmenso intervalo de mar que los separa. Sus ojos son grandes, negros y llenos de fuego; su nariz es poco chata, y dos hileras de dientes blanquísimos hermocean su boca. Se cortan las barbas con unas conchas, y solo se dejan en el labio superior una línea de pelo, que forma una especie de bigote como usan los otaitianos; también acostumbran llevar en los agujeros de las orejas hojas ó flores olorosas. Sus miembros están proporcionados con gracia, y mas de un jóven de los que vimos habria podido servir de modelo á un estatuario. Situados en una temperatura caliente, se bañan con frecuencia, lo cual contribuye á que tengan el cutis suave y liso. La mayor parte de los habitantes, andan enteramente desnudos, excepto una estrecha faja destinada mas bien á suspender que á tapar las partes genitales, aunque los gefes se cubren la cintura con un paño que llega hasta la mitad de los muslos. Algunos se adornan la cabeza con pedazos de red, ó tienen metido el cabello en una especie de redcilla hecha con hojuelas de cocoterollamada *ischao*, absolutamente como en Otaiti. En las grandes ceremonias, ó para presentarse delante de estrangeros con todas sus ventajas, tienen la costumbre de pintarse toda la superficie del cuerpo con un color amarillo anaranjado muy vivo, empleando al efecto unos polvos que sacan de la raíz de la curcuma desleidos en aceite de coco; y como son muy demostrativos, su inmediacion es muy incómoda cuando están adornados de este modo. No vimos á sus mugeres, que segun dicen son muy bonitas, porque no se envió embarcacion ninguna á tierra á pesar de que estuvimos muy cerca durante todo un día. Estos naturales, como todos los oceánicos son muy poco celosos. Nos instaban para que fuésemos á dormir á su lugar, en Rotuna-Lili ó la Bonna, que es el nombre que ellos dan á su patria, pronunciando lentamente estas dos

palabras con voz dulce y femenina. La aparente frialdad de la tripulacion les sorprendió; pero hacian estos buenos isleños sus convites con un candor tan extraño que el semblante mas serio no habria podido contener la risa al ver las esplicaciones mimicas que su ingenuidad nos daba.

Ambos sexos se quitan el vello con el mayor cuidado, aun el de las axilas. El gran número de naturales que estaba en la cubierta de la *Coquille* indicaban la mayor repugnancia á la vista del pecho velludo de nuestros marineros. Dos de estos isleños á quienes examinamos estaban circuncidados.

El adorno mas comun que usan los hombres es una válvula de nacar, que llaman *tifa*, pendiente del cuello; otros llevan ensartas de conchas ó collares de *natices*: á veces ú conchas de nacar ú óvalos de *leda*, que ellos llaman *puré* cubrian sus frentes. Pero su gusto mas decidido está por el marfil de los dientes del cachalote, y esta materia de que componen sus mas preciosas alhajas, goza en su imaginacion de una grande reputacion.

Sus vestidos consisten en telas muy finas, que fabrican como los isleños de Sandwich, y los otaitianos, con las cortezas internas de las moreras de papel y de los árboles de pan que á veces tienen de un color rojo castaña muy firme. Los paños de las mugeres son notables por su mayor finura, y se componen de filamentos sedosos. Ciertos hombres se ajustan el vientre con cuerdas teñidas de negro hechas con el *kaire* de la cascara de coco. Ponen el mayor esmero en la fabricacion de sus esteras, y todas las que vimos en sus manos eran muy superiores á estos mismos objetos tejidos por los otaitianos. Hacen estas esteras con la paja de una planta gramínea suave y fuerte, y sus dimensiones son considerables.

Entre los muchos naturales que se presentaron á

bordo de la corbeta la *Coguille* vimos á dos mas blancos que los demas, que tenian cortado el pelo menos en la coronilla, donde se habian dejado crecer un largo mechon que llevaban á la manera de los chinos. No dudamos que estos hombres pertenecen á nuestra rama carolina ó mongolo-pelagiana; porque la isla de Rotuma está situada en los límites del espacio de mar que circunda los archipiélagos de las Carolinas al Sur.

Estos isleños no han aprendido á estimar el hierro sin labrar; los únicos instrumentos cuyas ventajas han apreciado son las hachas, los clavos y los anzuelos; pero los objetos frívolos pueden mas á su vista, y no hay cosa que no hagan para conseguir pañuelos encarnados y bugerías de vidrio.

Aunque de poca estension y montuosa, es la isla de Rotuma, como todas las otras oceánicas intertropicales, muy abundante en sustancias alimenticias. Abundan las manzanas de *Cytherea*, que los habitantes llaman como los otaitanos, *é-vi*; el mapé (*inocarpus edulis*), que es su *ifi*; los plátanos, las batatas, las raíces de taro, las cañas de azúcar, las frutas de pan, etc. Las gallinas se han multiplicado mucho, y la variedad del puerco de Siam existe allí. A pesar de estos recursos, parecen embargo que á veces padecen escasez, consiguiente á los violentos huracanes que reinan en ciertas estaciones, y que felizmente para los habitantes, no sufren con frecuencia semejantes plagas.

El canto de los isleños se parece mucho al tono salmódico de los otros isleños; observamos sin embargo como una leve diferencia, que el compás era á veces mas vivo: he aqui las palabras de una de ellas:

Chia leva, chi a leva,  
Olé tu lata,  
Olelé anachedi

Onanchea papoipiti  
Chi a leva  
Chi a leva, che e chitta.

Su baile se diferencia poco del de los otros oceánicos; pero no tiene el conjunto gracioso del de los taitianos, ni la severa precision en los movimientos de la pantomima de los nuevo-zelandeses.

La única arma que tuvimos proporcion de ver fué un largo baston de madera encarnada muy dura, que terminaba en una macana chata cortante y llena de cinceladuras. Su picado, que ellos llaman *chache*, es característico, porque se compone de anchas fajas separadas por dentellones que engranan unos en otros, que imitan en términos de equivocarse, en los riñones y en los muslos, la parte de armadura de acero que cubria á nuestros antiguos valientes. Por el contrario la de la parte superior del cuerpo no se compone mas que de ligeros y graciosos dibujos que representan cuadriláteros, flores ó pescados voladores.

Un gran número de aquellos isleños tenia en las piernas largas cicatrices, y úlceras atónicas molestaban á muchos; pero no descubrimos vestigios de elefantiasis ni de lepra.

Un europeo que habia vivido mucho tiempo en Rotuma nos suplicó le recibiésemos á bordo para regresar á su patria. Este hombre, de modales decentes, tenia una instruccion muy superior á la de un simple marinero, y nos refirió acerca de este pueblo, cuyas costumbres no se han descrito en ningunas relaciones, los pormenores interesantes que siguen, y de que sin embargo no podemos salir garantados.

La isla de Rotuma está dividida en veinte y cuatro distritos, gobernados por igual número de gefes que tienen el título de *hinhangatcha*. Cada cual de ellos aseende á la dignidad suprema por mayoría de edad, y egerce el poder durante veinte lunas, bajo el nombre de *schau*. Preside el consejo, y arregla los negocios en union con los gefes que estan allí presentes.

Su nombramiento no exige grandes formalidades y el nuevo *schau* queda reconocido cuando el mas antiguo de los gefes le ha vertido un poco de aceite de coco en la cabeza. Diez y seis *hinhangatchas* poseen todas las tierras á la manera de los antiguos feudos feudales, obligan á los isleños á que los cultiven, y son dueños de casar á las jóvenes con quien les parece. Ellos dirigen al combate á los guerreros de su distrito, desempeñan las funciones sacerdotales en los bautismos, casamientos y entierros, y por último administran justicia. Pero en un pueblo cuyas costumbres son suaves, la autoridad de los gefes no es opresiva ni cruel, y se parece mas bien á la autoridad paternal; pordquiera que se presenten les abren paso, y estando delante del *schau* todo isleño está obligado á sentarse y á soltarse el cabello. Este respeto á los gefes, un gran fondo de veneracion á los ancianos, la benevolencia de los habitantes entre sí, la obediencia de los hijos á sus padres, prueban que las ideas morales de este pueblo no han experimentado ataque alguno. A veces sin embargo ocurren disidencias de distrito á distrito, á veces tambien llegan á las manos; pero las mas veces tan solo empuñan las armas para repeler las agresiones de los estraños. Los gefes se revisten entonces de sus esteras de combate, ciñen sus cabezas con conchas de nácar en señal de distintivo de la autoridad militar, y marchan á la cabeza de los guerreros para salir al encuentro al enemigo. La accion no se generaliza hasta que los dos gefes se encuentran y se atacan cuerpo á cuerpo. Sus armas son unas largas javelinas de diez á quince pies, las macanas y gruesas piedras que se tiran con la mano. Despues del combate entierran á los muertos en el campo de batalla, y cubren la fosa con fragmentos de roca.

Sus poblaciones están situadas á orillas de la mar,

y cercan el cementerio ó *E-thamura*. Cada familia ocupa su cabaña; pero las de los gefes son mucho mas grandes que las de los demas isleños. Las primeras tienen hasta cuarenta pies de largo, y las de los demas no pasan de quince. Estas cabañas son análogas á las de Otaiti, por que unos pies derechos sostienen la techumbre de hojas de coco de forma cónica, y en su base estan cerradas con esteras. Los objetos de menage que alli tienen, y mantenidos con el mayor aseo, consisten en esteras, tajos de madera para servir de almohadas, en mesitas bajas y largas, etc. Una hoja de plátano recién cogida sirve de mantel para comer, y los manjares consisten en frutas de pan, raices de arum, puding de batatas y pescados asados en hornos subterráneos. Los naturales tienen la precaucion de tomar sus alimentos no con los dedos solamente, sino con una hoja plegada. Los *hinhangtchas* solamente gozan la prerogativa de alimentarse con carne de puerco, y el pueblo no puede comerla mas que en los banquetes de bodas.

El empleo del tiempo está arreglado entre ellos con la mayor exactitud. Se levantan al salir el sol, y se aprovechan de la frescura de la mañana para cuidar de sus plantíos, cultivar las propiedades de los gefes, socavar las piraguas ó pescar. Entran en sus cabañas antes que llegue el fuerte calor del dia, y entonces cuecen sus alimentos de la segunda comida, despues de la cual hacen lo que ellos llaman *tak*, ó séase la siesta. Por la tarde concluyen algunos trabajos de la mañana, ó se reunen con preferencia en el *thamuka* para entregarse al baile. En cuanto á los gefes jamas trabajan, y cuando se ausentan de su distrito, los reemplaza un sustituto.

Los padres no tienen derecho para casar á sus hijas á su voluntad; este poder está reservado á los gefes. La ceremonia del casamiento consiste en hacer

que se acuesten los futuros en la misma estera dos ó tres días antes que se celebre definitivamente, y sin que por esto se consume el matrimonio. El día en que los novios deben unirse, se pasa en bailes y alegres festines hasta la tarde, en que se conduce á los nuevos esposos á orillas del agua, en que uno y otro se zambullen durante algunos segundos, y ya salen unidos con un vínculo indisoluble. Dicese que cuando el novio no encuentra al ser tan fugitivo como apetecido por los europeos, queda en libertad de despedir á su esposa y escoger otra. Entonces la muger repudiada tiene permiso para arrendar sus gracias al público. Estos hombres tratan á sus compañeras con mucha suavidad; pero se dice que son delicados acerca del honor conyugal, y que cuando se ha probado su infidelidad pueden los *hinhangatcha* condenarlas á muerte. Parece que los maridos se han reservado el derecho de ser inconsecuentes en sus amores, sin que sus mugeres puedan quejarse. Las jóvenes, antes de casarse, pueden hacer felices á cuantos se les antoje: pero como sin la virginidad no pueden esperar un establecimiento, resulta que muy pocas dejan conquistar este tesoro de que se muestran orgullosas; y cuando se envanecen de poseerle todavía, acostumbran empolvase la coronilla con cal de coral, pintarse los carrillos y barba con encarnado, y la nuca hasta la mitad de la espalda de negro. En general el bello sexo lleva el cabello mas corto que los hombres, y usan por todo vestido un estrecho paño que medio tapa sus bellas formas.

Cuando nace una criatura practican una ceremonia que imita groseramente una especie de bautismo. El gefe frota la cara del recién nacido con aceite de coco, y pronuncia en alta voz el nombre que le ponen sus padres y que repiten por tres veces y con grandes gritos los circunstantes: el nacimiento de los

hijos de los *hinhangatchas* es celebrado con danzas, juegos y festines.

Cuando muere un isleño dejan de manifiesto el cuerpo en la cabaña envuelto en una estera y una almohada de madera debajo de la cabeza, y las partes superiores pintadas de encarnado. Despues de permanecer un día y una noche en tal estado le entierran definitivamente envuelto en seis estereras muy finas, y llevado al *thamura* donde le sepultan en una fosa guarnecida de piedras. Durante esta ceremonia cantan un himno fúnebre; en seguida se trasladan los acompañantes á la casa del difunto, donde les espera una comida destinada á concluir la ceremonia. Las viudas manifiestan su sentimiento cortándose los cabellos y cubriéndose el pecho de quemaduras que se hacen con un palo hecho ascua. Los hombres al contrario, cuando pierden á sus mugeres, se surcan la frente y las espaldas con unas cortaduras que se hacen con piedras afiladas. Dicese tambien que cuando mueren los gefes deben sacrificarse dos niños sobre su tumba, y que las familias de aquellos á quienes ha tocado la suerte se alegran del honor que les cabe. A los *schaus* no los entierran en el *thamura* del distrito; sus sepuleros están situados en la cima de la montaña central de Rotuma, cercados de árboles plantados con esmero, y revestidos de anchas piedras.

Sus ideas en punto á medicina son muy limitadas, y los gefes á veces son los que desempeñan las funciones de médicos. Sus principales remedios consisten en fricciones oleosas ó en jugos de plantas, y sus dolencias mas comunes son afecciones de pecho, ulceraciones, etc.

Tienen mucho miedo á la muerte que llaman *atua*, como su dios mas poderoso. Su dulzura y benevolencia se estienden hasta los animales dañinos que no esterminan.

Los hombres comen solos en mesas separadas; las mugeres y los niños no empiezan hasta despues que aquellos han acabado. En sus cabañas se alumbran con una especie de teas hechas con hojas muy secas de cocotero, y que despiden mucha luz durante seis minutos.

El círculo de su vida indolente y muelle, pero feliz, se pasa en los mismos actos diarios: se levantan con el sol que no tiene aurora entre los trópicos; se reunen delante de sus cabañas para gozar algunos instantes del fresco, y en esto pasan los primeros momentos de la mañana. A eso de las ocho se desayunan con algunas frutas de *ifi* ó de *vi*. Despues de algun trabajo poco penoso, vuelven como á las once al lugar, derriban algunos cocos, y preparan sus alimentos en una cabaña situada á cierta distancia de su albergue. Esta segunda comida es la mas abundante de las que hacen, y se componen de varios manjares como producciones vegetales, pescados y moluscos. Gustan de variar sus goces como los otaitianos, y su arte de cocina se ha enriquecido con una golosina muy apetezida, que consiste en abrir un fruto del árbol del pan, sacarle lo interior para llenarle con leche de coco de cuatro épocas diferentes, y ponerlo á cocer en una hoja de plátano. Se bañan á menudo por las tardes antes de la cena, y para esta emplean el *paputa*, que es una mezcla de hojas de taro, cocidas con renuevos de plátano y la leche emulsiva del coco.

En la isla de Rotuma no hay manantiales. El agua que emplean los naturales en sus necesidades es llovediza y se conserva en balsas, pero su ordinaria bebida es la leche de coco.

Los conocimientos geográficos de aquellos naturales son muy escasos; se limitan á la indicacion de algunas islas situadas á su paso á los archipiélagos de

Tonga y de *Fidjis* y con los cuales comunican de tiempo en tiempo

Tal es el cuadro de las costumbres é ideas sociales de los rotumayos, ó á lo menos tal es el único bosquejo que tenemos de ellos. A él agregaremos algunos pormenores de sus costumbres que hemos tomado de las relaciones que tuvieron con la tripulacion de nuestro buque. Dulces y tímidos por carácter, son estos naturales alegres y tienen una curiosidad pueril que pasma. No fijan mucho tiempo su atencion en una misma cosa: es tan varia y mudable como la superficie de las aguas. Algunos animales vivos que sobre la cubierta andaban sueltos, como el cacatoes, un kangaro y un gato, les llamaron mucho la atencion; y aquellas formas tan estrañas y nuevas á sus ojos, hicieron una impresion momentánea en sus sentidos. Ruidosos y diligentes aquellos hombres, se reian, hacian gestos y hablaban todos juntos; nos hicieron concebir completamente todas las sensaciones que debieron experimentar los primeros navegantes que descubrieron á Otaiti y las islas de Sandwich. Pero lo que hace aun mas semejante el paralelo, es la costumbre de los habitantes de Rotuma al robo. Quanto veian sobre cubierta, era buena presa para ellos, y no es posible hallar merodeadores mas tenaces para retener lo mal adquirido. Los castigos que se impusieron á los que se cogian en flagante delito, no fueron suficientes para contener á los que veian practicar las reglas de la justicia distributiva, antes bien trataban de aprovecharse del desórden que producian aquellas circunstancias, á fin de sustraer con mas libertad el objeto de su codicia; pero esta inclinacion desordenada al robo, era el resultado de una tentacion tan fuerte, y al mismo tiempo tan irreflexiva, que los naturales trataban de levantar las carronadas para echarlas al mar, y otros despues de haber descolgado saquillos de me-

tralla cuyo peso les impedía nadar, zambullian para sacarlos del fondo. Nada estuvo al abrigo de aquellos descarados rateros, á quienes nuestra indiferencia daba alas, y que se llevaron cuanto hubieron á las manos. Felizmente que no pasaron de la cubierta, y que no se les permitió que vieran lo interior, porque ciertamente se habrían llevado hasta los colchoncillos de los camarotes.

Sus piraguas nos parecieron de tosea construcción; no se diferencian de las de Otaiti mas que en el cierre de sus estremos que acaban en punta. Les llaman *vaka*, las manejan con remos ovalados y con una estera, cuando van á la vela. Son de balancin, y á veces van dos reunidas como las de los pomotúes. Estas últimas á que dan el nombre de *oe* sirven para las navegaciones largas.

La lengua que se habla en Rotuma se deriva de la oceánica. Sin embargo, sus relaciones con las islas de Fidjis, las Carolinas, y acaso con los archipiélagos poblados de razas negras, han contribuido á las muchas alteraciones que en ella se han introducido. La pronunciaci6n de los naturales es suave, muy lenta y hace que parezcan las sílabas extraordinariamente largas. *Ma* y *utu* parece que son partículas ó pronombre, y *utu*, colocado delante de una palabra, significa mas comunmente *esto es*. La numeracion tiene la mayor analogia con la de Madagascar.

1.. <i>Tala.</i>	6.. <i>Ono.</i>
2.. <i>Taua.</i>	7.. <i>Ethu.</i>
3.. <i>Tholo.</i>	8.. <i>Vaalu.</i>
4.. <i>Hate.</i>	9.. <i>Ehivu.</i>
5.. <i>Lima.</i>	10.. <i>Chanfur.</i>

Los nombres que citamos fueron anotados por Mr. Berard, teniente de navio. Los que anotó Mr. Po-

ret de Blossville, se diferencian notablemente para que los pasemos en silencio. Estos últimos se conforman con los que conseguimos; son los siguientes:

1.. <i>Tala.</i>	7.. <i>Ito.</i>
2.. <i>Rua.</i>	8.. <i>Volia.</i>
3.. <i>Tolo.</i>	9.. <i>Ehiva.</i>
4.. <i>Ak.</i>	10.. <i>Shangula.</i>
5.. <i>Lima.</i>	100.. <i>Tharo.</i>
6.. <i>Hono.</i>	1000.. <i>Fa.</i>

#### 9. DE LOS CAROLINOS Ó MONGOLO-PELAGIANOS.

Nosotros seremos los primeros que fijen la atencion sobre el origen de los pueblos que habitan las islas Carolinas. Esta larga serie de archipiélagos distintos se estiende desde los ciento treinta y dos grados de longitud, hasta los ciento setenta y tres; está situada en la zona tropical del emisferio Norte. Estas islas llamadas así en honor de Carlos II, rey de España, han sido hasta ahora objeto de las especulaciones mas hipotéticas, y son aun mal conocidas de los geógrafos. Por primera vez se hace mencion de ellas, aunque poco estensamente, en las *Cartas edificantes* de los misioneros, y el nombre del padre Cantova se une sobre todo á su existencia. Se le debe una carta que formada con arreglo á los informes de los isleños, ha sido interpretada mil veces de diferente modo, y aunque verdadera en un sentido, el modo arbitrario con que han sido colocadas las islas que lo componen ha hecho creer mucho tiempo que la mayor parte no existia, ó ha dado margen á que se piense que eran mucho mas numerosas. Supónese que fué Eap la que el piloto don Francisco Lazcano descubrió en 1686, despues que los españoles tomaron posesion de las islas Marianas. Estos europeos se ocuparon mucho de

aquel archipiélago en el intervalo de 1696 á 1772. En el mismo año de 1696 fué cuando don Juan Rodriguez descubrió un grupo de él, y encalló en el banco de Santa Rosa, á unas cuarenta y cinco leguas de Guam. En 1770 se envió á algunos españoles para que se estableciesen en la pequeña isla de San Andrés, y fueron todos asesinados. Pero á estos detalles geográficos deben cesarse las escasas noticias generales que importa dar aquí para distinguir mejor los pueblos que debemos dar á conocer (1).

Así, pues, las cartas del padre Cantova y de don Luis de Torres, han dado á este archipiélago relaciones que no pueden tener efecto, y su mayor inexactitud es haber aislado y puesto á grandes distancias unos islotes que está visto que forman parte de un sistema de islas que hemos llamado según los ingleses *Islas Grupos*, y que acaso convendría más llamar *Polinesia*. El inmenso archipiélago de las Carolinas forma así una faja muy estrecha entre los seis ú ocho, y acaso los diez grados de latitud Norte, que no se compone más que de una decena de grupos, que son el resultado de quince, veinte ó treinta islotes y acaso más, dispuestos en un inmenso círculo, con base ó sin ella de tierra central. Estas *Polinesias* estarían bien cortadas por su formación si algunas rocas esparcidas y solitarias no pareciesen como eslabones interrumpidos, sembrados por aquí y por allí para restablecer las relaciones. En un trabajo completo sobre las islas

(1) Consúltese *Carta del padre Pablo Clain; Cartas edificantes*, t. 1, pág. 112; *Relacion en forma de diario*, *ibid.*, t. 6, pág. 75; *Cartas del padre Cazier*, *ibid.*, t. 16; *Cartas del padre Cantova*, *ibid.*, t. 18, pág. 188; *Diario de Wilson y su naufragio en las islas Pelew*, por Keate, traduccion francesa, 2, tom. en 8.º; Chamisso, *Viage al rededor del mundo del capitan Kotzebue*, t. 3 en inglés, etc.

bajas formadas por los polyperos desenvolveremos esta idea, pero nos bastaba el indicarla aquí para legitimar nuestra opinion acerca de los hombres que las pueblan.

Así, pues, las islas Pelew son el primer anillo de la larga cadena de las Carolinas, en que los grupos de Ralick y Radack parece que son la conclusion oriental, entre tanto que las islas bajas y que forman estrechas fajas de las Mulgraves y de las islas de Gilbert y Marshall son una desviacion de ellas hácia el ecuador, y el lazo de comunicacion con los otros grupos de la Oceanía: sin embargo, la raza de los mongolo-pelagianos se detiene y no pasa de la isla de San Agustin de Maurelle, situada á los cinco grados, treinta y ocho minutos latitud Sur, y ciento setenta y tres grados y cinco minutos de longitud Este. Sembradas sobre islas bajas apenas elevadas por encima del nivel de las olas, poblando indiferentemente tierras montuosas y volcánicas, nada tienen estos carolinianos en sus usos y costumbres que pueda acercarlos á los oceánicos; hábiles navegantes, con conocimiento estenso del curso de los astros, construyen sus piraguas con una habilidad de que carecen todos los demás isleños del mar del Sur: estos pueblos tan poco conocidos aun, y tan dignos de ser estudiados, forman una gran familia que debió emigrar de las islas del Japon, y cuya multiplicacion ha fundado seguidamente y sin interrupcion nuevas colonias, á medida que las islas salian, por decirlo así, del seno de las aguas. A pesar de la imperfeccion de nuestros conocimientos acerca de estos isleños, hemos observado la mayor analogía entre ellos, y como describiremos con el más escrupuloso cuidado los *uilanua*, fácil será aplicarles lo que diremos de los otros pueblos. Pero la verdad que buscamos con afán será nuestra más fiel guía, y lejos de forzar las analogías

para dar como positiva una opinion que podria ser infundada, copiaremos con la mayor imparcialidad los hechos consignados en nuestro diario que parezcan opuestos al modo de ver que establecemos en este momento. Bueno será recordar tambien que hace mucho tiempo que los carolinos se han familiarizado con los viages largos: que frecuentemente acostumbran sus escuadrillas aprovecharse de los monzones para comunicarse con los otros sistemas de islas, y que lo mas comun es que las islas Marianas sean el fin de sus campañas, que temen el monzon del Oeste, fecundo en tempestades, pero que en abril se hacen gustosos á la vela, y que por consiguiente resulta de estas numerosas comunicaciones cierta uniformidad en las costumbres de los de la parte occidental, al paso que los naturales mas al Este y aislados, han conservado pura su tinta de localidad; de lo que será muy fácil apercibirse cuando hablemos de los habitantes de los Kingsmill, de Valam, por los cuales vamos á empezar.

#### 1. NATURALES DEL ARCHIPIÉLAGO GILBERT.

Estas islas situadas á un grado y veinte minutos de latitud Sur, y ciento setenta y dos grados y cuarenta minutos de longitud Este, y se estienden hasta el décimo grado de latitud Norte. Fueron descubiertas en junio de 1788 por los capitanes Gilbert y Marshall.

El 15 de mayo de 1824 navegamos muy cerca de las islas de Drummont y de S<sub>3</sub>denham, ó las Kingsmill de las costas de Arowismith, que no forman sobre la superficie del mar mas que una larga y estrecha faja de tierra cercada de arrecifes y cubierta de cocoteros. Una sola piragua, tripulada por tres hombres, se atrevió á acercarse al costado de la corbeta; y despues de

mucha irresolucion se aventuraron á subir á bordo.

Estos naturales no trajeron consigo nada para cambiar; no tenian en el fondo de su piragua mas que moluscos que acababan de coger en los arrecifes, y que sin duda alguna son uno de los principales recursos de su vida. Les dimos cuchillos, á que segun parece dieron el nombre de *tibi* y anzuelos que llamaron *matao*. Se veia que sabian apreciar el hierro; pero su lenguaje que no entendiamos, no tenia ninguna analogia con los demas dialectos que se hablan en la Oceania. El color de su piel era bastante subido, sus miembros eran débiles y flacos, dos circunstancias que es necesario sin duda atribuir á su morada en arrecifes descubiertos y poco productivos. Sus facciones eran entre anchas y groseras, y su tez de un color cobrizo bronceado tirando al negro. Su inteligencia parecia limitada, y su exterior pintaba la miseria y escasos recursos del suelo que habitaban. El mas jóven de los tres estaba cubierto de una lepra fufurácea que es tan comun entre los negros oceánicos, y que parece peculiar de los pueblos ribereños que se alimentan casi exclusivamente de pescado. Estos tres hombres tenian ceñido el vientre con unas cuantas vueltas de cuerda hecha con renuevos de cocotero; no se arrancan el vello ni usan la circuncision, dejando á descubierto las partes sexuales. Estos isleños llevan los cabellos cortos, y no tienen barbas ni bigotes que se cortan con conchas. No les vimos en las manos ninguna especie de armas. Su única vestimenta consistia en un bonetillo redondo hecho de foliolas secas de cocotero, para abrigarse la cabeza; y en una estera muy toscamente fabricada con un agujero en medio como el *poncho* de los araucanos, para cubrirse los hombros y el pecho.

Están familiarizados con la navegacion, y se alejan de sus islas bastante, llevando una provision de